

# Vivir para escribir

por **Miguel Sánchez-Ostiz**

*Conferencia pronunciada  
el 10 de febrero de 2009*

Forum Deusto



## Vivir para escribir

Miguel Sánchez-Ostiz

Licenciado en Derecho, novelista, articulista y poeta

Es probable que el título de mi intervención resulte altisonante, en exceso rotundo, como una divisa de caballero antiguo, como aquella del escritor mallorquín Miguel Villalonga, El corazón me manda; pero no se me ocurrió ningún otro, más lírico o más enjundioso, que diera razón de mi dedicación a este oficio de ir poniendo una palabra detrás de otra en el que he empeñado mi vida, y que a la vez respondiera a la propuesta contenida en el título de este ciclo: «Vivir, ¿para qué?»

Tremenda pregunta, por cierto. Cada cual la responde como mejor sabe o puede, o se queda callado. En la más estricta intimidad no siempre es fácil responder a esa pregunta, y sí lo es, en cambio, que nos asalte la perplejidad y la incertidumbre misma de si nuestra existencia, tal y como la vivimos, vale la pena y se acomoda no ya a lo que deseamos, sino a cómo quisimos vivirla y a los medios que pusimos para hacerlo. Unos viven en la guía de un proyecto de vida, otros en la escorredura, a merced de las circunstancias. Entre el vivir de buena gana y el negarse a dejarse vivir está ese «Vivir para escribir»

Esa perplejidad o esa incertidumbre a la que me refiero es más fácil que nos asalte con el tema del enunciado, mucho más que con otros referidos a profesiones en las que los beneficios o ventajas inmediatas, o la utilidad social son más notorios. La escritura a contrapelo no es la neurocirugía ni la investigación contra la malaria o el dengue. Frente a quien abre pozos para paliar la hambruna, yo como escritor me escurro por el foro procurando que no me vean. Las cosas como son. Conviene un poco de humildad antes de que la realidad te la haga tragar a cucharadas soperas.

Y a propósito de esa incertidumbre. Andaba estos días a vueltas con un epitafio, del duque de Buckingham, en la abadía de Westminster, que dice así: En la duda viví,/ pero sin maldad./ En la incertidumbre muero,/ pero sin inquietud;/Humano es no saber y equivocarse,/  
41

En Dios confío,/Omnipotente, benévolo:/Ser de seres, ten misericordia de mí.

Me gustaría poder firmarlo, pero por el momento no me queda otro remedio que parafrasearlo y decir que en la incertidumbre vivo, con la permanente inquietud de si lo que hago, aquello en lo que ocupo mi tiempo y se lleva mis energías, merece la pena de que empeñe en ello mi vida entera, e incluso de si estoy dotado para este oficio, porque a origen no lo estaba. Vocación tendría, pero talento poco, o mal desarrollado. La escritura fue para mí una larga conquista y la duda sigue en pie, a cada nuevo empeño.

«Vivir para escribir» queda bien, es solemne, pero tal vez fuese mejor hablar de vivir a secas y luego, entre otras cosas, de la escritura como oficio, como manía, como creación o como simple desahogo (dependiendo de lo que escriba cada cual y de lo que le haya llevado a la escritura).

El vivir para escribir suena a monomanía, a actividad ciega, muy admirable eso sí, tanto que nos hace pensar en la incesante actividad de un Balzac, pero también en la grafomanía pura y dura de los plumíferos que dibujaba Goñi en *La Codorniz*, empeñados en una tarea sin mucho futuro o sin otro futuro que el llenar resmas de papel.

Vivir para escribir sugiere o nos hace pensar en alguien que, dibujado esta vez por el feroz caricaturista Daumier, está inclinado sobre sus papeles, pluma en ristre, ajeno por completo a lo que sucede a su alrededor o al ruido de su época, al barullo del otro lado de su ventana, algo más que ruido urbano, atento solo a la consecución de su gran obra, a la construcción de sus invenciones literarias, a ver como se elevan estas en el aire... y a la acogida que su obra pueda tener en el público al que va dirigida, a la fama primero, y a la gloria enseguida.

Es raro el escritor que no piense (que lo oculte es otra cosa), en el público, en la acogida que pueda tener su obra, en la fama, en el éxito, en el aplauso... en todo lo que le permite «ser alguien», uno de los motivos más ocultos y vergonzantes, y a la vez más poderosos, que le llevan a la escritura, y sobre los que no se habla nunca porque resulta indecente. Al escritor se le pide que hable de otra cosa, que vuele alto o cuando menos que lo parezca. De hecho, solo habría que pedirle que escribiera bien, que nos conmoviera, que nos emocionara, que nos hiciera reír —se reirán con mis amargas palabras, escribirá Gogol después de habernos dejado en herencia una obra maestra—, que nos contagiara algo de entusiasmo, que nos entretuviera, que hablara también

del dolor que nosotros sentimos para que estuviéramos menos solos... otros tantos motivos de acercarse a la lectura.

¿Vive el escritor para que le aplaudan por escribir? Una vez más cuenta nuestra época, mediática, y el escritor, el pensador secreto, corre el riesgo de no ser leído, y el escritor que de una manera o de otra no corretea las palestras, no existe. ¿De verdad vive para escribir o la escritura es solo un medio para obtener otra cosa que le produce una satisfacción más honda?

Esa imagen del escritor sólo atento a lo que escribe, ajeno a todos y a todo, ya no sé si es del todo posible. El ruido de nuestra época no entiende de aislamientos y nos alcanza donde menos lo esperamos, nuestra situación en el mundo, nuestra historia inmediata, nuestra memoria proscrita, da con nosotros en la puerta de nuestra casa o lejos, en un país cuya cultura nos es ajena y comprendemos a medias, allí donde el dolor, la desdicha, la injusticia, nos iguala y en el mejor de los casos despierta en nosotros el sentimiento de la fraternidad, y nos empuja a dar cuenta, a inventar sobre su dechado, a huir de él, también, por medio de la invención, a buscar en la escritura y en la lectura unos momentos de dicha o de alivio a una aflicción tan intensa como incurable que puede acometernos, a causa precisamente del vivir, de nuestro vivir, de nuestras circunstancias.

Tal vez fuese más ajustado a la realidad de lo vivido el hablar de «Escribir para vivir». Pero estas frases rotundas no suelen querer decir gran cosa. Están dichas para la galería, para quedar bien, y además son ambiguas, equívocas. Lo mismo quieren decir que se escribe para cobrar por ello y ganarse el sustento (algo tan real como tocos), que se refieren a esa otra faceta más privada, más de las bambalinas o los camerinos del escritor —esas voces detrás de la escena que le sostienen—, que es la escritura como una forma de apuntalar la propia vida. La escritura como bálsamo y una ayuda en momentos de soledad y de zozobra. Lo escribía Eduardo Galeano, cuando decía que antes de escribir «para denunciar lo que duele y compartir lo que da alegría», se escribe «contra la propia soledad y la soledad de los otros» no por «una necesidad de comunicación y de comunión con los demás». Suena a egoísta, a oscuro, a estancias interiores en las que es mejor no asomarse, pero muchas páginas que nos han conmovido tienen ese oscuro origen. Cada cuál tiene su viaje y sus razones por las que dedica su vida a la escritura. A mí me gusta asomarme a los motivos ajenos porque me ayudan a clarificar los propios.

Esto me ha recordado unos turbadores versos de Jorge Luis Borges. Se trata de un breve poema titulado «El poeta declara su nombradía», que dice así:

El círculo del cielo mide mi gloria,  
las bibliotecas del Oriente se disputan mis versos,  
los emires me buscan para llenarme de oro la boca,  
los ángeles ya saben de memoria mi último zéjel.  
Mis instrumentos de trabajo son la humillación y la angustia; ojalá yo  
hubiera nacido muerto.

Versos turbadores estos, no me cabe la menor duda, pero se trata de una impostura y como tal fueron escritos. Borges los puso en boca de un poeta árabe apócrifo —Del Diván de Abulcasím el Hadramí (siglo XII)—. Yo no podría suscribir ese resentimiento extremo, esa acusación y ese desgarró. Pero esos versos me llevan a preguntarme qué es lo que buscaba ese poeta, cuál era el sentido de su vida, para qué había vivido. Está visto que a ese poeta el aplauso no le colmaba, ni tampoco la mera dedicación a sus versos. Aspiraba a algo más. Sentía un daño que la escritura y el aplauso no aplacaban.

Del dedicar la vida a la escritura, que es algo que veo y vivo como una suerte y un gozo, como la consecución de una vocación, con sus luces y sus sombras, claro, como todo, solo puedo hablar desde mi propia andadura, porque es de la que sé algo.

Publiqué mi primer libro hace casi treinta años, y desde entonces no he dejado de escribir, con mayor o menor intensidad, y de publicar, por suerte.

Hace ahora 25 años, dejé a un lado una profesión, más útil (cuando menos en lo social y hasta en la inmediata satisfacción personal) y más ventajosa en lo material, la de abogado, aposté por no convertirme en alguien que hubiese querido dedicarse a algo hacia lo que sentía verdadera vocación y no lo hizo, o lo hizo sin jugárselo todo, amagando.

De no haber dedicado por entero mi vida activa a la literatura no sé lo que habría ocurrido. No soy adivino y lo que pudo haber sucedido si en vez de tomar un camino hubiese tomado otro, no es mi fuerte, y averiguarlo<sup>1</sup> o es el motor de alguna invención o tiempo perdido en vano.

---

<sup>1</sup> De eso trata mi novela *Cornejas de Bucarest*.

Empecé escribiendo unas novelas novelescas, muy elegantes ellas —qué fácil y qué poco digno es reírse, a veinte años vista, de nuestros trabajos balbuceantes, fallidos, cojos—; unas novelas muy de los felices ochenta, detrás de las que me escondía. Formaban parte de mi mundo literario y no puedo renegar de ello. Solo sé que el mundo en el que vivo es otro y bien otro.

Escribí luego alegatos o crónicas del desacuerdo con una época, tejí mis invenciones sobre el dechado de lo vivido, y he terminado en la chocarrería de la picaresca, en su desgarró, en su voluntad descacharrante, hablando de lo que tengo delante de mis narices y me parece indecente. Me mueve un sentimiento de rebeldía intenso ante aquello que considero injusto. Dicen que soy apocalíptico, pero yo prefiero hablar antes que callarme y dejar pasar. Es más fácil en todo caso montar un guiñol burlesco que hablar de esa gente cuya existencia enaltece la vida. Lo escribía Alfonso Reyes en *Cartones de Madrid*. El trazo grueso es más fácil que conseguir el poder de contagiar el entusiasmo por la vida. La heroicidad banal y cotidiana, las vidas sostenidas en valores como la fraternidad, la franqueza, el esfuerzo, el sacrificio, dan menos cámara que los millonarios, los militares y las prostitutas, grotescos todos ellos, que pintaba el alemán Grosz en una época que metía miedo, de disolución social y crisis económica que desembocó en el nazismo. Yo al menos así lo veo. Estoy en el camino. Ni ha concluido mi vida ni con ella mi obra.

Me lo habrán oído más de una vez. En 1991, después de haber ganado un premio para mí importante, estaba embarcado en corregir las pruebas de mi primera novela, la más novelesca, la más tímida ensoñación autobiográfica de cuantas he escrito. Y en un bar del barrio de Irún, contiguo al puente de Santiago, leí en un periódico de la muerte del escultor Remigio Mendiburu, que cuando se enteró de la enfermedad que acabaría con él, dijo: «Y toda una vida por hacer».

No había tiempo que perder. Ni entonces ni ahora. Por eso me apliqué a una escritura de verdadero riesgo, para mí, en lo personal y en lo social.

Así que a finales de 1992 publiqué *Las pirañas*, una novela de las que hoy se llaman de ficción autobiográfica. Ese libro me costó mucho escribirlo, casi seis años, con muchos amagos, interrupciones y abandonos. Sabía el riesgo que corría, pero esos años de dudas fueron necesarios para conquistar un lenguaje mío, de verdad propio, al que me referí como «las palabras perdidas», que hasta entonces se me había escapado... No me había atrevido con ellas ni con el mundo oscuro que

nombraba con ellas. Así aprendí, tarde, mal, que el escritor debe vencer las convenciones sociales, las servidumbres tribales, ideológicas, los prejuicios y lugares comunes, encontrar cauce para su libertad de conciencia, para no escribir al dictado de nadie. Es fácil decirlo, es más complicado llevarlo a la práctica.

Con la publicación de aquella novela, supe el precio de escribir de lo que tenía delante de las narices, de lo realmente vivido, de lo visto, hecho y padecido. Me hicieron ver ese precio a cucharadas soperas... y a patadas.

¿Mereció la pena? Creo que sí. Había empeñado mi vida en ello.

Vivir para escribir no es tan fácil. Sobre todo si entre vida y escritura hay una relación estrecha, y si esa escritura es de la absorbente que no admite tregua, descanso, que exige tiempo, mucho, a nosotros mismos y a quienes nos acompañan en ese viaje.

A veces sentimos que nos falta tiempo, esa dura materia de la que estamos en parte hechos, que como decía la vieja leyenda del reloj de sol, es más tarde de lo que creemos, y cambiamos de rumbo, de vida y hasta de escritura.

Otras veces la escritura que depende en exceso de nuestros humores, al cambio de estos me refiero, se resiente y nosotros con ella y entramos en días bajo la nube, aunque también salimos de esas nubes gracias a la escritura.

Y otras más, la escritura, por alguna razón que no llegamos a dilucidar, se nos resiste y eso puede empañar la confianza que necesitamos en nosotros mismos para llevarla a cabo, y dudamos y nos movemos en terrenos movedizos.

Cambios de vida y cambios de escritura. No sé cuál es antes o cuál después, no sé cual influye más en el otro, pero sí sé que suelen ir juntos.

Por ejemplo, en el año 2003, viviendo en el valle de Baztán, cuando me había embarcado en un proyecto de escribir sobre nuestra historia inmediata, titulado «Las armas del tiempo», sentí con urgencia que no era posible aplazar aquello que se ha querido vivir y no se ha vivido, que lo del viajero inmóvil estaba muy bien para alimentar otras vidas, pero que en la mía equivalía a una renuncia y a una rendición. Por eso viajé a Juan Fernández, por eso fui luego a Magallanes, por eso regresé al año siguiente a Valparaíso y por eso casi dejo el pellejo en la ciudad de La Paz, y allí he vuelto, y allí voy a volver, y pienso ir hasta donde el padre Barace dejó su vida o hasta donde pueda o me dejen.



Hay que creer mucho en lo que se hace para pensar que merece la pena dedicar la vida a la escritura con independencia de los logros obtenidos. Logros estos que pueden ser de varias clases, unos más interesantes que otros. Unos están relacionados con la propia escritura, con su calidad, con su vigor, con su hondura. Otros atañen a la vanidad y al orgullo o al puro amor propio... Unos se conquistan en la mesa de trabajo y se valoran en la intimidad, otros en la relación con el público. A mí me gustaría que pesaran más los primeros.

Creo que en la vida de todo escritor llega un momento en que este se pregunta para qué escribe o para quién lo hace, por ver de encontrar un fundamento a su día a día, para no verse obligado a admitir que este es una escorredura imparabile, una riada que le arrastra sin remedio ni misericordia, sin su consentimiento ni participación<sup>2</sup>, una sucesión de episodios en los que su protagonismo es pasivo o de mera comparsa.

No todos los escritores aciertan a explicar los motivos. Yo al menos no lo sé bien, porque unas veces es por una cosa, y otras por otra: por no estar callado, por encontrar cómplices, por yo qué sé. Me digo que escribo para dar cuenta de mi época, pero luego veo que no es así, que no he llegado o no lo suficientemente lejos. A mí me suelen decir que mi escritura es comprometida. No lo creo. Hay otras escrituras más comprometidas que la mía.

Ahora mismo, si levanto la mirada de estas páginas que voy leyendo, me siento perdido, más perdido todavía que en lugares y ante situaciones que me sobrepasan, intento explicarme, a mí mismo y el mundo en el que vivo, y si invento, me doy cuenta de que lo hago más sobre el dechado de lo vivido, que sobre el de lo puramente inventado, aunque esto último también forme parte de todos nosotros —de lo que he vivido a lo que he imaginado, somos eso, como somos nuestros muertos—, como si el sentido del vivir fuera el llevarlo a los papeles, lo mismo que el viajar: «Viajar para contarlo», vivir para lo mismo... pero no voy más lejos.

El escritor, cuando hace declaraciones en ese sentido intenta quedar bien. Pero detrás de su vivir para escribir, hay algo profundo y oscuro, raras veces de verdad elucidado, tal vez porque el escritor no quiere llegar al fondo de la cuestión y prefiere quedarse en la superficie de lo que se espera de él que diga, lo más convencional siempre, lo

---

<sup>2</sup> Félix Grande.

que a juicio de los lectores dignifica un oficio, una dedicación a un arte, el de la escritura y deja para mejor ocasión las zonas oscuras, esas de las que hablaba Borges que le resultan, hasta por una mera precaución social, inconfesables.

Y cuando se pregunta por los motivos que le han llevado a escribir, no sabe si su vida tiene o no sentido, y si en el mejor de los casos ha merecido la pena la apuesta de dedicarse a la escritura, porque se trata tanto de necesidad imperiosa como de apuesta, en la medida en que escoge una profesión o un oficio de riesgo en el que puede tener éxito o no tenerlo.

Pero no estoy hablando del éxito o de su ausencia, sino de un verso muy hermoso de Garcilaso, aunque él se refiriera a penas de amores, asuntos en apariencia menos metafísicos que el que nos traemos entre manos:

Mi vida no sé en qué se ha sostenido<sup>3</sup>

Esa sí que es una duda importante, con escritura de por medio o sin ella. Y la respuesta, al menos para mí, no puede basarse en el éxito o solo en el éxito, sino en un convencimiento íntimo, pleno, parejo o no a la incertidumbre o la perplejidad que como seres humanos nos acompañe, de que lo que hemos hecho, de lo que estemos haciendo como personas, como miembros de la especie humana, ha merecido la pena.

Probablemente no hayamos llegado a donde nos hubiese gustado, nuestras realizaciones y nuestros logros se suelen quedar por debajo de nuestras ambiciones más veces de las que quisiéramos, pero cuando menos estamos en el camino, sabiendo con el poeta Martí i Pol que la verdadera muerte es desertar.

Puede que no sepa en qué se ha sostenido mi vida en el sentido más profundo, pero sí sé que hasta ahora mi escritura se ha sostenido en lo vivido y que esta escritura, estos libros escritos unas veces con gozo, exultación, entusiasmo vital y otras a trancas y barrancas, luchando con una materia que se me escapaba, me justifican... al menos en parte.

---

<sup>3</sup> En fin a vuestras manos he venido,/ do sé que he de morir tan apretado/ que aun aliviar con quejas mi cuidado/ como remedio me es ya defendido./ Mi vida no sé en qué se ha sostenido,/ si no es en haber sido yo guardado/ para que solo en mí fuese probado/ cuánto corta una espada en un rendido.

Vivir para escribir, sí, si es que el motivo que nos lleva a la escritura merece la pena. De lo contrario es mejor no dedicar la vida a esta manía que tiene algo de furioso, de poner una palabra detrás de otra y hablar de lo que inventamos y también de lo que vemos, de lo que nos gusta o nos disgusta, del testimonio de un viaje que puede ser hacia la luz y hacia la oscuridad, nuestro viaje, en nuestro tiempo.

El escritor vive para escribir, escribe para vivir en el sentido más pedestre del término, y al final hace lo que puede con ese oficio que es el suyo, contra viento y marea, y así es como en ocasiones se presenta, como un combatiente esforzado (porque el triunfo fácil tiene algo de indecente), pero oculta que tal vez solo escriba para vencer en ese combate, para ser coronado, para ser alguien, más que para dejar su pequeña verdad por escrito, para llevar su historia o la de su época, con sus protagonistas, con las pasiones de estos, a los papeles, en el tono menos solemne que pueda, el que corresponde a su pequeño gran mundo.

No todo en una vida es escritura, aunque esta, de una manera o de otra, se nutra de sus avatares. Hay otras satisfacciones, otros gozos posibles que los que nos procura el impulso creativo, que es un gozo, sí, pero no lo justifica todo.

En mi caso, la escritura da sentido a mi vida, sí y mucho, claro, no puedo negarlo.

Pero no sé si eso es todo. Recuerdo ahora una anécdota de mi encuentro hace unos meses con el poeta aimara Juan Carlos Ramiro Quiroga, en la ciudad de La Paz.

Después de hablar largo y tendido, y de manera algo febril, de política, claro —¿de qué vas a hablar en Bolivia con un boliviano, aimara, en tiempos de borrasca?—, de historia, y también de literatura, de poesía, de poetas que habían perdido la vida en el empeño, de aquellos para los que unas páginas de escritura habían sido el sostén más firme que habían tenido en su vida y la calle hostil como toda casa, hermano por fuerza de los desheredados.

Cuando nos despedíamos, Quiroga me dijo: «Dales tiempo a los tuyos». Me quedé callado, sorprendido, aquello no tenía nada que ver con lo que habíamos hablado. Y él, poeta oscuro y sonriente del Altiplano, añadió: «Tu mujer, tus hijos, tus amigos, tu gente. Préstales atención, recibe lo que te dan». Nos dimos un abrazo y Quiroga desapareció en el guirigai callejero de la ruidosa noche paceña.

No quiero resultar sentimental, pero aquello me hizo ver que no se puede vivir solo para escribir, ni la escritura por sí misma, en propia satisfacción, me parece que justifique una vida, al menos no la mía, ni siquiera escribir para uno mismo, que queda bien para alimentar alguna línea biográfica. Es muy fácil decir que es para los demás, pero eso no siempre es verdad y se nota, y mucho.

Y la frase del poeta Quiroga me remitió a otra del escritor inglés de origen judío Fred Uhlman, que hablando de la depresión severa que durante años de su vida le habían producido las secuelas de la persecución antisemita padecida, dijo que aquella depresión le había impedido ver el cerezo en flor de su jardín y la sonrisa de sus hijos.

Sé que me daría miedo concluir que la dedicación a la escritura y sus altibajos, sus secuelas, su exacerbación de pasiones tristes que el escritor oculta cuanto puede para proteger su imagen de campeón, en un mundo que requiere imágenes o personalidades novelescas más que personas, que me he perdido lo mismo que sintió haber perdido Uhlman y no he dado lo que debía. Tal vez escribirlo sea una forma de recuperarlo, ese es el sentido tremendo expresado por Proust en *El tiempo recobrado*, pero hay momentos en que no hay Proust que valga, ni citas, ni cultura, ni Mozart, hay soledad, vela, desnudez ante uno mismo y ante la oscuridad, y entonces es preciso encontrar algo que de verdad nos sostenga, para no concluir, tomándole prestado al Garcilaso enamorado su verso, diciendo que no sabemos en qué se ha sostenido nuestra vida.